

## Literatura infantil

MARIA LUISA GEFAELL

Es asombrosa la confusión que existe en torno a la llamada "literatura infantil". Asombrosa y alarmante. A una larga época de negligencia ha sucedido una etapa de preocupación, que podríamos llamar oficial, por la literatura para niños. Se organizan centros de lecturas, exposiciones bibliográficas, concursos, Juntas orientadoras... Pero la confusión persiste.

El público en general sigue hablando de *literatura para niños* con una alegre indiferencia, y no admite otros matices ni distinciones que los referentes a la aptitud moral o ideológica de esas lecturas, a su presentación más o menos atractiva o a una distribución de temas según las diferentes edades de los niños, distribución en muchos casos forzada y artificiosa.

\* \* \*

A nadie se le ocurre decir *lecturas para adultos* englobándolas todas en un solo concepto. Hasta los analfabetos saben que una cosa es el periódico, otra el Catecismo, otra los pliegos de coplas que venden por las calles. Cualquiera persona medianamente cultivada conoce la diferencia que hay entre una novela policíaca y el *Quijote*, entre uno de nuestros clásicos y un novelista moderno, entre un libro de poesía y otro de divulgación científica. Sin embargo, estas personas siguen diciendo *lecturas para niños*, sin distinguir géneros, objetivos, calidades. He aquí la confusión.

\* \* \*

Los *tebeos*—hablo de las revistas infantiles en general—son a los niños lo que las revistas ilustradas a los mayores. No se puede pretender que los *tebeos* tengan profundidad y calidad literaria notables. (Si se les podría y debería exigir un mínimo de corrección y de buen gusto. Circulan por España *tebeos* deplorables, decididamente perjudiciales.)

Los niños leen con más gusto un *tebeo* que un libro. Es cosa sabida. Y cuanto menos tengan que leer, más contentos. También muchos, muchísimos mayores, prefieren echar un vistazo a las fotografías de una revista a molestarse en leer un libro de largos capítulos llenos de palabras. Esta preferencia no quiere decir que tengamos que alabar ni fomentar tan evidente querencia al analfabetismo.

Era necesario sacar a relucir el tema de los *tebeos* al tratar de la *literatura infantil*. Esos perniciosos papeluchos, tan profusa y chabacanamente ilustrados, están desterrando a las verdaderas *lecturas*. Y ya se

pretende que todos los libros para niños sean una especie de *tebeos* más o menos lujosos.

\* \* \*

Está muy bien, y es importante, que se escriban para niños biografías de santos, héroes y figuras gloriosas de nuestra patria; libros de divulgación científica y de orientación moral. Pero tampoco se puede pretender que las lecturas para niños se reduzcan a obras didácticas y morales o a esa forma de Historia condensada, necesariamente expurgada y consecuentemente falseada.

La literatura—incluyendo la que han de leer los niños—es otra cosa.

\* \* \*

Andersen, Grimm, Perrault, algunos otros *escritores* recogieron leyendas populares, las recrearon como sólo los poetas saben recrear, imaginaron y escribieron cuentos muy bellos, llenos de gracia, hondura, fantasía. Se decidió que la "literatura para niños" iba a ser, en adelante, una copia de aquella literatura. Desde entonces se les ha imitado hasta la saciedad, con más o menos gracia, con poca o ninguna poesía. Existen hoy cantidades abrumadoras de cuentecitos que no son más que socorridos, ramplones, rutinarios *pastiches* de aquellos clásicos de lo que se dió en llamar "literatura infantil".

Pero la literatura—incluso para niños—no tiene nada que ver con estos tontos balbuceos. Es otra cosa.

\* \* \*

Ya en la antigüedad se escribieron libros "con aventuras", algunos de los cuales han llegado hasta nosotros como muestras de un genio eterno, universal. Más tarde se escribió el *Robinson*, se escribieron los libros de Julio Verne, el *Gulliver*, el *Till Eulenspiegel*, muchos otros libros, algunos excelentes. Y también se decidió que el hallazgo de estos autores, que tan buena acogida tenían entre los niños mayorcitos, eran el venero inagotable para una "literatura de muchachos". Olvidaban esto tan importante, tan evidente: que una cosa es ser escritor, y otra fabricante de aventuras al por mayor; que del *Amadís* al *Coyote* puede haber una respetable diferencia (y no sólo en el tiempo); olvidaban que la Literatura—incluso para muchachos—no tiene nada que ver con "la aventura por la aventura". Es otra clase de aventura.

\* \* \*

La Literatura es "la ciencia de la belleza traducida y realizada por medio de la palabra". "El arte bello que emplea la palabra como instrumento."

Hojead cualquier colección de la "literatura infantil" al uso: ¿Qué arte, qué belleza hay en esos libros? ¿Qué inspiración, qué poesía, qué "mano de escritor"? ¿Se puede hablar seriamente de "literatura" ante esos productos editoriales? Y, sin embargo, se los llama "literatura para niños". Pobrecitos niños.

Una auténtica obra literaria no es nunca *para*: es *desde*. Andersén no hubiera hecho nunca buenos cuentos *para* niños, de no haberlos escrito *desde* el niño que llevaba dentro. Y *desde* el poeta que era; y *desde* el creador, escritor, artista. (Hay cosas que no se pueden fingir ni improvisar.) Por eso, sus cuentos no son "literatura infantil"; son buena literatura sin edad.

No creo en una "literatura para niños", no creo en una "literatura para mujeres", "para ancianos", para "ingenieros de caminos".

Sólo hay dos clases de literatura: la buena y la mala.

La mala literatura es la que escribe sin talento, sin oficio, sin autenticidad; la que se escribe con intenciones bastardas o comerciales.

Existen leyes sanitarias para proteger a la población de los alimentos adulterados. No existen leyes que protejan a nuestros niños de la adulterada "literatura" que se les ha adjudicado despreocupadamente.

¿Literatura infantil?

No: libros bien escritos, poéticos, alegres, hondos, enriquecedores, para que puedan leer nuestros niños.

\* \* \*

Libros de escritores: He aquí una exigencia que no siempre tienen en cuenta los educadores, que descuidan muchos padres y soslayan ladinamente la mayoría de los editores de "colecciones infantiles".

Si nuestros niños quieren leer, si conviene que lean, ¿por qué no han de tener *derecho* a una buena literatura a su alcance, a una auténtica literatura? ¿Por qué se convierte a los niños en vertedero de los más torpes tanteos literarios, de los sentimentalismos más floños? ¿Por qué se toma siempre a los niños como blanco de los proselitismos más o menos encubiertos de unas y otras tendencias?

Todos hemos asistido a los manejos de comunistas, socialistas, nazis, de éstos y de aquéllos, hipócritamente disfrazados de "literatura infantil". Nada tan abusivo, nada tan indignante. Se ha repetido la fábula de Caperucita: El lobo, vestido de cariñosa abuelita, acechando a la pequeña e inocente presa.

Ahora, al hojear ciertos libros "infantiles" que leen mis hijos—libros sin otra finalidad que la puramente didáctica o lucrativa, libros sin arte, carentes del más elemental sentido de la belleza, y hasta de la más elemental corrección gramatical; libros tontos, sin inspiración, sembrados de los más vulgares tópicos, de palabras rebuscadas—me pregunto si estos productores de "literatura infantil" han sabido alguna vez lo que es un niño, si han sentido alguna vez el respeto y el cariño que todo niño merece.

Hay una tendencia a suponer que los niños son bobos, que no tienen imaginación, ni sentido de la belleza, ni derecho a su parte en la poesía y hondura del mundo. Hay una tendencia a suponer que los ni-

ños son un campo sin cercado, una propiedad común en la que el primer indocumentado, el primer fanático, el menos dotado por la naturaleza para una tarea verdaderamente paternal o artística puede impunemente introducirse y sembrar su propia estéril o dañina semilla.

Pidamos de una vez, no nos cansemos nunca de pedir un poco de respeto: respeto a los niños. Y resto, también, a la literatura.

\* \* \*

A las bonísimas ancianas señoritas semianalfabetas que buscan una última justificación a sus vidas escribiendo tontísimos cuentecitos;

a los eficientísimos educadores e insoportables escritores que confunden pedagogía con literatura;

a las ambiciosas jovencitas que prueban sus primeras armas literarias sobre la tierna carne infantil:

Respetad a nuestros hijos.

\* \* \*

Cuenta Eugenio d'Ors que, habiendo salido unos amigos de excursión por el campo, llegaron a una venta en la que se proponían merendar con las provisiones que llevaban. El jefe del grupo sacó de su cesta, con gran precaución y solemnidad, una botella del mejor champaña que para tal ocasión había reservado. Preguntó entonces con cierto recelo al camarero de la venta, mozo bisoño y campesino, si sabía descorchar debidamente la preciosa bebida; a lo que el mozo respondió, ofendido, que nadie tenía que enseñarle su oficio.

Agarró el muchacho decidido el tapón con sus manazas; tiró, agitó y forcejeó con tal torpeza, que al abrir la botella más de la mitad de su contenido se derramó en el suelo.

Indignado ante aquel estropicio, el dueño del champaña reprendió al novato:

—¡Mozo: las experiencias, con gaseosa!

\* \* \*

Respetad a nuestros hijos. No hagáis experiencias con ellos. Las librerías están llenas de una producción "para niños" verdaderamente entristecedora. Los editores de libros infantiles rechazan las firmas de escritores de talento, que son los únicos capaces de proporcionar a nuestros niños lecturas dignas, y adquieren a bajo precio las lamentables mercancías de los aficionados. Nuestros niños se están formando, en más de un sentido, con esta falsa literatura. (No quiero ocuparme aquí de otro aspecto del libro infantil: las ilustraciones. Se ha llegado a tal grado de amaneramiento, falta de arte y mal gusto en los dibujos para niños, que milagro será si, después de esta dura prueba, nuestros hijos llegan a jóvenes con cierto sentido para la belleza.)

En España hay, por lo menos, dos docenas de escritores que conocen su oficio. (Uno de ellos ha escrito recientemente *Marcelino, pan y vino*, libro ideal para los niños, encantador para los mayores.) Tenemos auténticos pintores y dibujantes. Un libro en el que

las personas mayores y bien formadas artísticamente no encuentren encanto, hondura y poesía, no es un buen libro para los niños.

\* \* \*

No hablo en nombre de la Literatura, ni trato de salir en su defensa. La Literatura se defiende sola. Las verdaderas obras literarias han surgido siempre,

vivientes y duraderas, entre las efímeras falsas literaturas de todos los tiempos.

Hablo como madre, celosa de la total formación de mis hijos. Como madre, rechazo la mayor parte de esa abundante mercancía a la que se da actualmente el nombre de "literatura infantil", y pido, insisto, busco una auténtica literatura al alcance de los niños.

Porque ellos sí pueden perderse en este laberinto de intereses y confusiones.

## Las pruebas escritas de Latín en los exámenes de grado

V. E. HERNANDEZ VISTA

Creemos que merece la pena hablar de esta cuestión de un modo un poco detenido. Acaso, con vistas a una reglamentación definitiva de las pruebas de grado, estas líneas sean una aportación.

Por si los estudios clásicos tropezaban con pocas dificultades, *objetivas las unas* (ambiente hostil, utilitarismo de mostrador), *intrínsecas las otras* (seriedad y dificultad de estos estudios), *sociales las de más allá* (1) (bachillerato montado al servicio de un restringido grupo social, que no admite selección objetiva ni clasificación del alumnado según su índice intelectual, y fuerzas educadoras a su servicio); en fin, *dificultades materiales* (profesorado deficiente, a veces verdaderos intrusos), las pruebas del examen de Estado que han estado vigentes han operado como un enemigo más de los estudios clásicos. Las mismas cuatro o seis líneas que eran la ración latina del examen, su limitación habitual a César, al ser comparada con los "siete cursos" de Latín, ofrecían una apariencia

ridícula. Añadamos a esto la selección en ocasiones desafortunada del texto y se comprenderá que la prueba escrita de Latín haya coadyuvado tanto a su prestigio al menos como las otras dificultades. Sin caer en las exageraciones del P. Oñate-Guillén (2), que cree que a la colección de trozos del examen de Estado se le podría subtítular "jeroglíficos clásicos", no cabe duda que, en el fondo de la cuestión, lo que dice es cierto; verdad es que también añadiremos que en pocas ocasiones hombres con cinco, seis, siete años de Humanidades y Retórica y luego siete u ocho años estudiando libros en latín, oyendo explicaciones en latín, respondiendo en latín (y olvidando *el latín*, proseguiría yo) se habrán "pegado" ante esos jeroglíficos; pero en alguna ocasión el corte del texto ha sido tal, que lo ha hecho ininteligible seguramente. Justo es, pues, que nos preguntemos un poco alarmados si la cosa seguirá lo mismo. Por mi parte vayan unas propuestas concretas sobre lo que debe ser esta prueba.

### DOS CUESTIONES PREVIAS DE TIPO GENERAL

Una primera cuestión de tipo general se plantea respecto a la prueba escrita de Latín. ¿Qué objetivo nos proponemos con ella? Las respuestas pueden ser variadas: sancionar la labor del alumno, fiscalizar la del centro a través de ella, etc.; pero todas se reducen a una: comprobar por medio de un texto latino en qué medida el alumno ha desarrollado sus posibilidades humanas; en suma, se trata de saber si la enseñanza del Latín ha cumplido su objetivo. Ya sabemos que este objetivo se identifica con el de otras materias, pues en el bachillerato todas confluyen en un objetivo cultural principalmente; pero a los estudios clásicos se les asigna este fin como fundamental. Con esto queda manifiesto por qué cuatro o seis líneas no sirven para comprobar nada; falta inclusive materia para enjuiciar. La prueba de cinco o seis líneas no prueba nada.

(1) Esta dificultad afecta por igual a todas las disciplinas. En nuestro actual Bachillerato, ni están todos los que son, ni son todos los que están... Sin perjuicio de dar una cultura general a todos los niños, adecuada al índice intelectual de cada uno, y clasificarlos por grupos según dicho índice, es evidente que habría que desviar muy pronto a muchos niños hacia otros caminos. Esto significa que no son todos los que están. Pero, por otro lado, se pierden millares y millares de niños superdotados por la ancha geografía española. Y éstos son los que no están y deberían estar. Si en el Bachillerato hay alguna clasificación en grupos, ésta no responde más que al peor de los criterios, el de tipo económico o social. La sociedad española en su burguesía alta y media, que es casi exclusivamente la que sigue este Bachillerato, se resiste a que sus hijos sean seleccionados por ningún medio objetivo y seguro, y preconiza un criterio de grupo. Esto carecería de importancia si no fuera porque grandes sectores de la educación secundan ese espíritu, sin salir a su encuentro. Una clasificación en grupos intelectuales del alumnado y una dosificación de lo que, según sus fuerzas, cada uno debería estudiar, sería el camino. Y, naturalmente, que todos los Centros estuvieran obligados a sostener los grupos nacidos en su seno. Aceptado esto, no habría inconveniente en proclamar: EL SUSPENSO NO DEBE EXISTIR. Cada uno sirve para una cosa; el suspenso actual no significa, de ordinario, sino que un alumno no está en su puesto; colocado donde le corresponde, no se concibe ese sambenito..., salvo para el culpable.

(2) REVISTA DE EDUCACIÓN, núm. 18.